



NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE CHIQUINQUIRÁ

## CAPÍTULO II.

### La Rosa del cielo ó sea Nuestra Señora de Chiquinquirá (Colombia)

SUMARIO.—I. Chiquinquirá. II. Origen del cuadro de Nuestra Señora. III. Renovación del cuadro de Nuestra Señora. IV. Información jurídica del milagro y aprobación de la Iglesia. V. Milagros. VI. El cuadro milagroso. VII. El Santuario.

#### I

#### CHIQUINQUIRÁ

En la actual República de Colombia, conocida antes con el nombre de Nueva Granada, que le dió uno de sus conquistadores, Gonzalo Jiménez de Quesada, es célebre desde tiempos remotos la ciudad de Chiquinquirá, palabra que en el idioma chibcha (1) significa *lugar de aguas ó nieblas*. Hállase situada en valle ameno, rodeada de colinas, sotos y casas agrestes, que dan aspecto variadísimo al paisaje. En sus cercanías corre el río del mismo nombre y en la planicie inmediata el Sararita; de donde nace que el clima sea frío y húmedo. Es capital de la provincia de Occidente, departamento de Bo-

(1) El idioma chibcha era notable por su riqueza y sonoridad, y lo hablaban los muiscas, ó sea, los indígenas que habitaban el valle de Bogotá á la llegada de los españoles. El P. Fernando de Lugo, misionero dominico, escribió la primera gramática de ella y se publicó en Madrid en 1619. Ha desaparecido dicha lengua.



yacá, y cuenta al pie de veinte mil almas. Ricas haciendas con fertilísimas dehesas, donde pacen numerosos rebaños de vacas y ovejas, constituyen la principal riqueza de los vecinos. Dedicanse éstos principalmente á la agricultura, á la ganadería y al ejercicio de ciertas industrias, como ebanistería, cerrajería, talabartería y otras, que pueden competir con las mejores de la República. El caserío, aunque de dos pisos en su mayor parte, no es de muy buena arquitectura; sus calles rectas, pero angostas y mal empedradas. Tiene cuatro plazas, dos fuentes, escuelas primarias para la enseñanza de los niños, hospital de caridad con lujosa capilla, dirigido por las Hermanas dominicas de la Presentación de Tours, dos templos, uno llamado de Jesús, María y José, y el otro anejo al convento de Padres Dominicos que allí ejercen la cura de almas, donde se venera una imagen en lienzo de la Santísima Virgen del Rosario, renovada milagrosamente hace más de trescientos años, y que es el encanto de los hijos de Colombia, Venezuela y Ecuador. La gente sencilla sólo la conoce con el simpático título de *la Señorita de Chiquinquirá*. La mayoría de los colombianos la saluda con la advocación de Rosa del cielo, nombre que brotó de los labios de una alma ardientemente enamorada de María, al presenciar el portento de la renovación del cuadro. Su santuario ha sido uno de los centros de romerías más famosas de toda la América, y aun al presente no se ha entibiado el fervor de los fieles por visitarla. No menos de ochenta mil personas visitan cada año á la Rosa del cielo que ha querido perfumar con el aroma de sus bondades y misericordias la extensa República de Colombia (1). Y

(1) Aunque no hay plena seguridad de los datos estadísticos, los geógrafos calculaban que la extensión de Colombia era 1.203,100 kilómetros cuadrados, de los cuales menos de trescientos

como los caminos son difíciles y los medios de locomoción incómodos, únicamente la fe y el amor á la Virgen Santísima pueden inspirar deseos de acudir á Chiquinquirá. Para que el lector pueda formarse idea de la dificultad del viaje, diré no más lo que deben realizar cuantos salen de las costas. El trayecto más cómodo y corto es el que se hace saliendo de Sabanilla, pequeño puerto del mar de las Antillas. Después de recorrer veintidós kilómetros en ferrocarril se llega á Barranquilla, población de doce mil almas, situada á las márgenes del Magdalena, donde se encuentra la aduana más importante de la República.

El Magdalena es el río principal de Colombia, no sólo por su caudal y curso, sino por ser vía comercial de grande importancia, y que baña siete de los ocho departamentos en que se divide ahora la República. Descubriólo Rodrigo de Bastidas el 22 de Julio de 1502, fiesta de la ilustre penitente de Betania, á lo cual debe su nombre. Nada menos que diez días hay que navegar por dicho río en pequeños vapores respirando el ambiente abrasador propio de la zona tórrida. Nubes de mosquitos incomodan al viajero con su monótono zumbido y con sus picaduras, que producen ingrato y molestísimo escozor. En cambio á la caída de la tarde, en que refresca algo la temperatura, se puede gozar contemplando las aguas tranquilas del río, cuyas orillas parecen orladas de bosques gigantescos. Los bejucos cubren los árboles formando tupidos cortinajes

mil están habitados ó por lo menos cultivados, los demás son terrenos baldíos. Desde el pasado año de 1903, en que se separó de ella el departamento de Panamá, hay que disminuir 82.600 kilómetros cuadrados, que es la superficie de la nueva República. La población de Colombia se calcula en 3.878,600 habitantes, siendo la mitad de raza blanca, y los restantes de la cobriza y de la negra de África.



de verdura que caen sobre la corriente, y en las ramas se ven grandes iguanas (especie de lagartos) calentándose á los moribundos rayos del sol poniente. También las cigarras dejan oír su nada variado y despacible chirrido y los aluates (monos chilladores) regañan á lo lejos. Enormes caimanes flotan inmóviles como leños en la superficie del anchuroso río, esperando los restos de comida que les arrojan de á bordo. ¡Ay del viajero que cayese en el agua! porque en pocos segundos sería víctima de los dientes de las fieras.

En el puerto de Yeguas se deja el vapor y se toma el tren hasta Honda, desde donde hay que hacer dos largas jornadas á caballo.

## II

### ORIGEN DEL CUADRO DE NUESTRA SEÑORA

Cuando en 1537 la Providencia quiso alumbrar con los rayos de la fe el dilatado territorio de los muiscas, que tal vez hacia dos mil años estaban sentados á la sombra de la idolatría, junto con los conquistadores, Gonzalo Jiménez de Quesada y Suárez Rondin, aparecieron algunos religiosos vestidos de blanco cendal llevando el Breviario debajo del brazo y un crucifijo levantado en su diestra. Los militares, aguijoneados por la *sagrada hambre del oro*, desenvainaron sus espadas para derramar sangre indígena, apoderarse de sus haciendas y minas, y sobre las ruinas de una civilización agonizante, levantar un pueblo nuevo y regenerado. Los hijos de Santo Domingo, representados primeramente por Fray Domingo de las Casas, pariente inmediato del inmortal Fray Bartolomé, que fueron los religiosos que acompañaron á los conquistadores, sin más armas que el evangelio y la mansedumbre, derri-

baron los simulacros de los demonios, ahuyentaron las tinieblas de la idolatría, y de tribus bárbaras formaron pueblos civilizados y cristianos. Fieles á su misión estos religiosos y adiestrados por la experiencia de que el modo más eficaz para convertir las almas y atraerlas al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo era la devoción del Rosario, procuraron fomentarla entre los soldados, y después entre los indios, los cuales, iluminados por la gracia, pedían el bautismo y se convertían á la fe. Agradecidos los dominicos á estos favores, donde quiera que edificaban una iglesia ó erigían un altar, colocaban la imagen de Nuestra Señora del Rosario. Por esto nada tiene de extraño que la tal advocación de la Virgen fuese la más popular y querida en el territorio llamado por los españoles Reino de Nueva Granada.

Entre los primeros conquistadores se distinguió por su amor á la Virgen del Rosario Antonio de Santana, que á mediados del siglo dieciséis vivía en el pueblo de Sutamarchán. Este buen español hizo construir en su hacienda una capilla que, como toda la casa, era de paja y *vara en tierra*, con deseo de poner en ella una imagen de Nuestra Señora del Rosario. Por encargo suyo, el Hermano Fray Andrés Jadraque, religioso lego, que con rara habilidad y celo convirtió innumerables indios, se trasladó á la ciudad de Tunja á buscar quien la pintara. Encontróse con un artista, llamado Alonso Narváez, y le encomendó la obra.

«En aquel tiempo, dice el P. Zamora, no había otros lienzos que mantas de algodón, ni más colores que los que usaban los indios para pintarlos, misturando tierra de diferentes colores con el zumo de algunas yerbas y flores correspondientes. Cogió Alonso Narváez una manta de algodón (que son más anchas que largas, según el modo toscó que tenían los indios en sus tejidos),



y pintó en medio una imagen de Nuestra Señora del Rosario, que lo tiene pendiente de la mano derecha, y está sobre los pies del Niño, que tiene en el brazo izquierdo con un pajarito en la mano.» La actitud es de viaje; y por eso lleva el manto un poco recogido hacia adelante y los ojos bajos.

«Advirtieron, continúa el historiador, que por lo ancho de la manta había lugar para otras imágenes que acompañaran á la de Nuestra Señora, y dispusieron que al lado derecho se pintara la imagen de San Antonio de Padua, por ser el santo de quien costeaba la pintura, y al izquierdo la del glorioso San Andrés, porque el santo apóstol favoreciese con su protección al hermano que encargó la pintura, Fr. Andrés Jadraque (1).

Al cabo de poco tiempo volvió el citado Hermano con la imagen pintada al temple, que complació en alto grado á Antonio de Santana, y juzgó por feliz pensamiento, que se hubieran añadido las figuras del Taumaturgo de Padua y del apóstol San Andrés. En señal de su aprobación y gozo, acomodó el lienzo en un bastidor de madera, y lo colocó en el altar de la capilla, donde recibió homenaje de los españoles y de los indios recién convertidos.

Así pasaron los años, hasta que en 1565 reconocieron que el cuadro estaba muy desfigurado, borradas las imágenes y perdidos los colores á causa de haber entrado el agua y el sereno á la capilla, la cual, como hemos dicho, tenía el techo de paja que se pudre fácilmente con las lluvias. Á penas se notaban algunas señales confusas de que allí había existido una pintura, y numerosas roturas daban bien á entender el descuido en que se la había tenido. Según el P. Tobar, el más

(1) Zamora, Historia de la Provincia Dominicana de San Antonio, pág. 308.

exacto y abonado historiador de Nuestra Señora de Chiquinquirá, las roturas más importantes eran las siguientes: una de cuatro dedos de ancho y dos de largo en la punta de la manga del brazo derecho; otra de más de cinco dedos de largo y tres de ancho debajo de la mano izquierda, donde tiene recogido el manto; había otra del tamaño de un real cerca de los pies; otra más grande en la rodilla de San Andrés, y otra de cuatro dedos de largo y poco menos de tres de ancho en el espacio que media entre la Virgen y San Antonio. Cerca del pie del mismo Santo había una tan grande como un real.»

Viéndola en tal estado el cura del pueblo, Padre Juan Alemán de Leguizamón, juzgó indecente tenerlo en el altar, y así lo quitó reemplazándolo por un cuadro de Cristo Crucificado y pintado al temple. El lienzo de la Virgen quedó relegado al olvido, arrinconado entre los trastos inútiles de una casa de campo, hasta que le emplearon para sacar trigo al sol.

Habiendo fallecido Antonio de Santana, su esposa Catalina de Irlos, se trasladó á Chiquinquirá, donde su marido tenía varias posesiones. Entonces Chiquinquirá era casi un desierto; no había pueblo, sino algunas encomiendas de indios. Naturalmente con los enseres de la casa fué llevado al nuevo domicilio el lienzo de la Virgen. Diez ú once años después de este traslado, es decir, por los de 1585, vino á este lugar una piadosa mujer española, cuñada de Antonio de Santana, que se llamaba María Ramos, y que debió de nacer por los años 1549 ó 1550. Era natural de Guadalcanal, villa de la provincia y diócesis de Sevilla, próxima á Badajoz; y se trasladó á Nueva Granada, no ávida de riquezas ó aventuras, sino á buscar á su marido, que se había alistado como soldado en el ejército conquistador. Piadosa como era María Ramos, luego buscó un sitio á propósito



para orar, y encontró una capillita que Antonio de Santana había hecho construir en su hacienda; pero estaba aquella tan descuidada, que ni una puerta tenía entrada, saliendo á su placer los ganados. Vió tirado en el suelo un bastidor desarmado con una imagen tan rota, ajada y desteñida, que no supo entonces de qué santo era. Pero juzgando que podía ser de la Virgen Inmaculada, de quien era devotísima, y aun se cree que *terciaria dominicana*, en unión de una criada compusieron el cuadro lo mejor que pudieron, lo colocaron en el altar y lo aseguraron en unas cañas con un fuerte cordel de esparto, dándole cuatro ó cinco nudos. Cuando Catalina García de Irlos refirió á María Ramos que aquella pintura había sido de la Virgen del Rosario y las vicisitudes por que había pasado, se afligió ésta grandemente, aunque le servía de no poco lenitivo ver que ahora estaba en lugar más decente y libre de los animales. Ansiosa de ver la figura de la Virgen que estaba tan borrada, después de rezar el rosario con la familia, conjuraba con lágrimas y fervientes oraciones á la celestial Señora, que se manifestase. Miraba y volvía á mirar el cuadro; y como no encontrase lo que tanto anhelaba, decía: «¿Hasta cuándo, Rosa del cielo, has de estar tan escondida? ¿Cuándo será el día en que os manifestéis y dejéis ver al descubierto, para que mis ojos se regalen en vuestra soberana hermosura, que llene de gustos y alegrías mi alma?» Estas afectuosas deprecaciones repetía la piadosa española, hasta que plugo á la Divina Bondad escucharlas en la forma que vamos á relatar.

## III

## RENOVACIÓN DEL CUADRO DE NUESTRA SEÑORA

Continuaba María Ramos sus piadosos ejercicios, hasta que llegó el memorable viernes 26 de Diciembre de 1586, fiesta del protomártir San Esteban. En ese día venturoso permaneció dos horas en fervorosa oración, pidiendo con mayores instancias que nunca á la Santísima Virgen se dignase manifestar su imagen en aquella tela destrozada. Levantóse de su asiento para salir de la capilla, é hizo profunda reverencia. En esta sazón pasaba por la puerta cierta india con un niño de cuatro años de la mano. Este inocente niño fué el primero en observar vivas llamaradas; y dirigiéndose á la mujer que le llevaba, dijo: *Mire, mire*. Alzó la mujer la vista al altar de la capilla y vió que la imagen de Nuestra Señora estaba levantada en el suelo y despidiendo de sí tan gran luz que llenaba de claridad toda la capilla. Quedó asombrada la pobre mujer, y en alta voz dijo á María Ramos, que salía en ese instante del oratorio: «Mire, mire, señora, que la Madre de Dios ha bajado de su sitio, y está en vuestro asiento, y parece que se está quemando». Volvió el rostro María, y vió que la imagen estaba como se le decía. Absorta de entusiasmo fué corriendo hacia el altar, postróse de rodillas á los pies de la Santísima Virgen, y con profundo respeto puso en ella los ojos, y vió cumplidos sus deseos, pues estaba patente la imagen de la Madre de Dios con singular hermosura y colores muy vivos, y enviaba de sí tan gran resplandor, que bañando de luz á los santos que tenía á los lados, inundaba al par de claridad la capilla y de inefable júbilo el corazón de María Ramos. Estaba la milagrosa imagen algo in-



clinada hacia el altar en el mismo sitio en que la devota Ramos acostumbraba hacer sus oraciones. Tenía el rostro muy encendido, los santos Andrés y Antonio quedaron muy mejorados en las facciones, y todo el cuadro renovado completamente. Aunque por entonces continuaron en el lienzo las roturas y agujeros, poco á poco se fueron cerrando, sin darse cuenta del modo; porque «con la sutileza que la naturaleza misma hace crecer las plantas sin poderse percibir el movimiento, así de milagro se fueron cerrando, de tal manera, que no se ve un solo rasgo de las roturas que antes tenía» (1). Apagáronse los resplandores; y después de un breve rato, con la reverencia posible colocaron el cuadro en su sitio, y entonces advirtieron que los cordeles con que habían asegurado el bastidor á la pared no estaban cortados, sino fuertes y enteros, como si los hubiesen desatado. En esta coyuntura llegó Catalina García, la cual, maravillada del portento, cayó de hinojos delante de la Señora y no se movió en todo el día de la capilla, sin cansarse de darle gracias por el singular beneficio que les había dispensado. Todo el día conservó la imagen vivo colorido, y después quedó con la fresca y lozania y claridad de perfiles que se admiran al presente.

La fama de la renovación milagrosa del cuadro de Nuestra Señora se divulgó con la rapidez del relámpago por los pueblos limítrofes, y los fieles acudían en tropel á ver con sus propios ojos el milagro. Sobre todo los de Sutamarchán, que habían visto arrinconar el lienzo y sacar en él grano al sol, quedaron admirados de una transformación tan singular, y confesaban á voz en grito el prodigio. Luego acudieron los enfermos y afligidos á buscar alivio y consuelo ante la imagen

(1) P. Tobar, Historia, etc.

de María, y no salieron frustradas sus esperanzas. Entre ellos se presentó un ciego de la villa de Leiva, llamado Pedro Gómez. Empezó una novena de rosarios; y antes de acabarla, recobró la vista con perfección. Otras siete curaciones sobrenaturales se cuentan obtenidas en aquella rústica capilla en los primeros días de la renovación del cuadro. María Ramos, viéndose oída del Señor y visitada por la Virgen Madre, no cabía en sí de gozo, no se saciaba de mirar el rostro de la imagen y no quería separarse de su lado. Ébria de alegría le repetía muchas veces: «Ahora sí, Rosa del cielo, que estáis como debéis estar, hermosa como una rosa». Luego al recordar que la Santísima Virgen se había colocado en el mismo sitio donde ella acostumbraba arrodillarse para orar, se llenaba de confusión y gratitud al mismo tiempo, y besando con labios encendidos por el agradecimiento aquella bendita tierra, exclamaba: «¿Cuándo merecía yo, Rosa del cielo, que vuestra soberana Majestad se bajase de su lugar y se pusiese en el suelo en mi asiento?»

Pero no sólo fué el gozo para María Ramos, sino también para los españoles ausentes de su patria en lejanos países y para los indios neófitos de la fe. Innumerales prodigios se realizaron, de los cuales referiremos algunos, que prueban la veracidad de los hechos relatados. Los vecinos de Chiquinquirá y cuantos recibían favores de María por medio de su imagen, podían decir á María Ramos lo que los habitantes de Samaria á Fotina convertida: «Ya no creemos por lo que tú has dicho; pues nosotros mismos lo hemos oído y lo hemos conocido, que ésta es obra del Salvador del mundo.» Pero antes daremos otra clase de pruebas, que es la información testimonial levantada por la autoridad eclesiástica de Bogotá y la aprobación de la Santa Sede.